

ejercicio de ese derecho, como el de todos nuestros derechos naturales, se ha extendido y perfeccionado por la razón, por la experiencia; pero el principio del derecho está en nosotros mismos, está en la constitución misma de nuestro ser y en nuestras diferentes relaciones con los objetos que nos rodean. Portalis combate aun el error de los que atribuyen la propiedad al Estado (1).

Debe creerse que estas discusiones son un punto menos que ociosas, por que lejos de cesar los ataques contra la propiedad, han vuelto á comenzar con más violencia que nunca después de la revolución de 1748. Un jurisconsulto de gran autoridad creyó deber entrar en liza con otros miembros de la Academia de ciencias morales y políticas para rectificar ideas que iban pervirtiéndose cada día más. Troplong proclama como Portalis que la propiedad es el derecho natural aplicado á las relaciones del hombre con la materia. «Ahora bien, el derecho natural es un derecho fijo, en verdad; no nos apartamos de él sino á expensas de la justicia y de la equidad.» Troplong concluye afirmando, con la mano en la conciencia, «que el dominio de propiedad es, en todo, inmueble y sagrado». Desafía todos los sofismas y no se preocupa con ninguno de los argumentos que las historias mal hechas le oponen (2).

95. Troplong habría podido invocar la historia, la historia verdadera; ésta, á nuestro juicio, es el mejor de los argumentos, porque es el testimonio del espíritu humano, y habla en contra de las quimeras con que se entretiene á los hombres que se hallan todavía en la infancia, bajo el punto de vista intelectual. La historia nos pone de manifiesto en qué viene á parar las falsas doctrinas con que se nutre á los pueblos, que también son niños, porque se les cria en la

1 Portalis, Exposición de motivos del título de la *propiedad*, números 3 y 4.

2 Troplong, *De la propiedad según el código civil*, ps. 6 y 7.

ignorancia y se les nutre con supersticiones. Entre los Griegos y los Romanos, la pasión de la igualdad, de la igualdad real como dice Babeuf, condujo á la tiranía y al cesarismo, el más monstruoso de los regímenes que haya pesado jamás sobre la humanidad. A decir verdad, este no era un régimen, era la fuerza que tomaba en sus manos la dirección de la sociedad, para prevenir la disolución de todos los vínculos sociales, la anarquía y la muerte que se sigue. Triste remedio es la fuerza; no impidió que muriese la antigüedad, y que muriese en la podredumbre, porque sólo pensaba en los placeres de la materia, esa gran dicha que los comunistas prometen al pueblo. Si Troplong hubiese interrogado á la historia y si hubiése dirigido la vista en torno suyo, habría visto el espectáculo que presenta el mundo antiguo en su decadencia reproducirse entre los pueblos modernos. Y para que no se pueda dudar de ello, halláronse escritores políticos que proclamaron que el cesarismo era el régimen que más convenía al genio de la Francia: ¿acaso no le daba la igualdad que tan grata le era? ¿no era la nación soberana y no ejercía la soberanía por medio del sufragio universal? La gran nación goza de tan bello régimen durante veinte años. Troplong tuvo la dicha de morir; si hubiese sobrevivido, habría sido testigo de la caída más espantosa de que haga mención la historia. El socialismo y el cesarismo se habían remudado en cierto modo para desmoralizar á la nación; la ignorancia cultivada con esmero y la superstición que abate las almas hicieron también su papel en este lamentable drama. La historia, interrogada de esta suerte, nos contestará, nos dirá lo que debe hacerse para reconciliar á las clases pacientes con la propiedad individual.

96. No todo es extravío, no todo son viles pasiones en



las aspiraciones de los socialistas. El discípulo de Sócrates es el primero de los comunistas; ¿y cómo supone siquiera que el filósofo al que la posteridad ha dado el nombre de divino, haya estado animado de malos sentimientos? No; hay una porción de verdad en la reivindicación de la igualdad; ¿no está escrita en nuestras constituciones como uno de esos derechos que la naturaleza da al hombre y que nadie puede arrebatarse? Pero también es cierto que la libertad y la igualdad, conquistadas en 89 por el pueblo, ha permanecido como vana palabra. ¡El obrero tiene la libertad religiosa, y su conciencia está oscurecida por las tinieblas de la ignorancia y de la superstición! ¡El tiene la libertad de la prensa, y no sabe leer! ¡El tiene la libertad de asociación, y no comprende con qué objeto tiene interés en asociarse con sus semejantes! ¿Qué decis del ejercicio de la soberanía? ¡Las constituciones proclaman soberana á la nación, y la inmensa mayoría de la nación se halla excluida, por su podreza, del goce de los derechos políticos! ¿Carecen los demócratas de razón cuando dicen que la igualdad organizada de tal manera es una amarga ironía?

Fuerza es que la igualdad se vuelva una verdad. ¿Basta para esto que se declare soberano al pueblo? Muchos espíritus generosos alimentan esta ilusión: dadles el sufragio universal y la república, y se estimarán felices. Nosotros les recomendamos el estudio de la historia. En Roma, el pueblo era soberano; la democracia, no sabiendo ya que hacer de su soberanía, la delegó en un César. Después de 48, los franceses tuvieron la república y el sufragio universal. ¿Qué uso hizo la gran nación de su poder? Aclamó por millones de votos el cesarismo que la llevó hasta el borde del abismo! Y por otra parte, ¿el sufragio universal cura á las clases populares de sus tendencias socialistas? ¿acaso cesa-

rán los ataques contra la propiedad? La prolongada insurrección de París es una sangrienta respuesta á nuestras preguntas. Y el incendio que estalló en Francia está latente en la Europa entera. El movimiento anárquico, destructivo de esta sociedad, se extiende; ha adquirido una inmensa gravedad constituyéndose en una vasta sociedad que, no teniendo en cuenta para nada la división de las raciones, cubre todo el continente con sus ramificaciones. En el seno de la *Internacional*, los más subversivas doctrinas encuentran gracia, merced á la increíble ignorancia que reina entre los jornaleros. Los infelices acogen con avidez doctrinas que, si alguna vez pudieran realizarse, acarrearían la ruina de toda sociedad, y por consiguiente la ruina de los que hubiesen llevado á cabo semejante obra de destrucción.

97. Lo que en París ha pasado es una revelación. La Europa está al borde del abismo; ¿de qué manera detener la disolución y la muerte que inevitablemente se seguiría? Un solo medio existe, y es difundir la instrucción á torrentes entre las clases trabajadoras. Pero en este punto hay que entenderse. Hay un género de instrucción que no ilustra y que tampoco emancipa; tiende, por el contrario, á mantener á los hombres en la más ciega sumisión. Semejante instrucción es la ponzoña de las almas; ni siquiera previene los riesgos de la ignorancia, porque en realidad la perpetúa. No hay más persona instruida que el hombre cuyo pensamiento es libre. Precisa, pues, que la enseñanza se derrame en esta conciencia. No tiene por objeto inculcar creencias ni doctrinas sean las que fueren; debe fortificar las inteligencias, como la gimnástica fortifica y hace flexible el cuerpo. La instrucción dada de tal manera formará espíritus libres, y sólo para éstos tiene la libertad algún sentido; para los espíritus serviles, la libertad es un contrasentido y un riesgo.



La instrucción debe también ser una educación, es decir, que debe iluminar las conciencias y moralizarlas al mismo tiempo que desenvuelve la inteligencia. Reina en las clases superiores una preocupación en contra de la instrucción de los obreros; se la teme porque se recela que dé nuevos pábulos á las malas pasiones. Algo de verdad hay en estas preocupaciones. Si el desenvolvimiento moral no corriese á la par con el intelectual, éste podría convertirse en un instrumento de maldad. Urge, pues, que se enseñen sus deberes á los hombres, al mismo tiempo que se cultivan sus facultades intelectuales. Si pudiera darse á los que frecuentan las escuelas la conciencia de su misión en este mundo, ya no habría ni socialistas, ni comunistas; porque sabrían que el hombre tiene un destino más elevado que el gozar de los frutos de la tierra. El hombre no está llamado á los goces de la materia; los bienes que la naturaleza le prodiga y que la industria multiplica no son el objeto de su existencia, sino un medio que Dios pone á su disposición para su desarrollo intelectual y moral. El progreso hacia la perfección, tal es el ideal que el hombre debe tener presente, tal es su felicidad. Jesucristo lo ha dicho: Sed perfectos como vuestro padre en los cielos; y la filosofía no tiene otro fórmula del perfeccionamiento infinito de todos los seres creados.

¿De qué manera debe cumplirse ese trabajo de perfeccionamiento? Esta es una obra individual, porque varía de individuo á individuo. En mil ocasiones se ha hecho la observación de que no hay dos hombres que se parezcan, como tampoco dos hojas del mismo árbol que sean idénticas. Hay una variedad infinita en las facultades que Dios ha departido á sus criaturas; es decir, que la obra de nuestro perfeccionamiento es una obra esencialmente individual, teniendo cada uno por misión desarrollar las facultades con que el

criador lo dotó. Este principio, que es una verdad evidente, es suficiente para arruinar toda especie de socialismo. En todas las doctrinas de los socialistas y comunistas, se pone al Estado ó á la sociedad en el lugar de los individuos; esto es la utopía de Platón, bajo mil formas diversas, pero todas vienen á parar en aniquilar la individualidad humana, siendo así que el desenvolvimiento de esta individualidad es lo que constituye la misión de todos nosotros. La sociedad no es más que un medio en el cual el hombre debe vivir, porque únicamente en la sociedad de sus semejantes puede él desarrollarse; el individuo es el fin, la sociedad es el medio. Mientras que los socialistas invierten la relación, haciendo de la sociedad el fin y del individuo un instrumento. Lo que de la sociedad estamos diciendo es cierto también del Estado, porque el Estado no es más que la sociedad organizada. El Estado debe ayudar á los hombres á que cumplan con su misión, poniendo á su disposición todos los medios para que desarrollen su inteligencia y su alma. Es decir, que no tiene más misión que los individuos, y les debe la instrucción y la educación. Una vez armados de estos instrumentos de su perfeccionamiento, á los individuos atañe consagrar la existencia íntegra á esta obra interminable.

98. Hay un vacío en esta teoría de los derechos y de los deberes de la sociedad y de los individuos. Tan alto como suben nuestras tradiciones históricas, nos encontramos con ricos y pobres. Las repúblicas de Grecia y de Roma estuvieron desgarradas por sus luchas violentas, luchas sin salida en el terreno en que estaban emprendidas. Al advenimiento del cristianismo, un nuevo elemento se abrió paso, la caridad. Los Padres de la Iglesia dijeron á los ricos que no eran más que los ecónomos de Dios; detentadores de bienes que á todos pertenecían, debían distribuir á los po-



brés las riquezas que Dios les había confiado. Hay también un lado verdadero en este llamamiento caluroso á la beneficencia. Los hombres no son seres aislados; un vínculo de solidaridad une á todas las criaturas en una inmensa familia de hermanos. Ya los antiguos filósofos decían que el hombre no debe vivir para sí, sino para los demás. El cristianismo les enseña que son hermanos y que deben amar á su prójimo como á sí mismos. La filosofía acepta la idea, pero da otra dirección á la caridad. Una experiencia secular da fe de que la limosna degrada á los hombres y los envilece; es tan funesta al que la da como al que la recibe. El primero cree que distribuyendo limosnas lava sus pecados y se gana el cielo; tal cálculo vicia la beneficencia y la convierte en especulación.

El que recibe la limosna se considera como el acreedor de los ricos, se dispensa á sí mismo de todo trabajo, olvida toda previsión, y ni siquiera piensa en desenvolver sus facultades para perfeccionarse. De aquí la asquerosa mendicidad que ha ocasionado la decadencia de naciones enteras mantando en ellas el principio de la actividad personal. Se necesita, al contrario, excitar sin cesar al hombre al trabajo, porque sólo por su medio puede desarrollarse y perfeccionarse. Este es el principio de una nueva caridad que se traduce en este axioma vulgar: ayúdate y el cielo te ayudará. Pero el cielo tiene sus órganos en este mundo, y éstos son los ricos, como dicen los Padres de la Iglesia. Y por ricos entendemos no solamente á los que disponen de los bienes materiales; hay más ricos que éstos, y éstos son aquellos á quienes Dios ha dado en lote los más hermosos de sus dones, las cualidades del alma y de la inteligencia. La superioridad, bajo todas sus formas, impone deberes á los que se llama privilegiados de este mundo. A decir la verdad, su único privilegio consiste en tener deberes más

extensos. Están obligados á cumplir estos deberes con los desheredados, con las clases más numerosas y más pobres. Aquí ponemos la planta en un terreno que quema: ¿de que manera las clases superiores pueden, cómo deben venir en auxilio de las clases laboriosas?

Una desventurada prescripción divide á estas dos clases: los obreros envidian y odian á sus patrones; y los patrones desprecian á los obreros, en los cuales no ven más que un instrumento de lucro. Si esta división fuese real y fatal, conduciría á la ruina de las sociedades modernas. Veríase renovarse la guerra intestina que desgarró á las ciudades griegas y que acaba en la ruina de la antigüedad. Y aun sería más sangrienta la lucha y más desastrosa, porque los millones de esclavos que poblaban los dominios de los ricos entre los antiguos se han vuelto obreros: sería la guerra de todos contra algunos. ¡Qué los ricos piensen en esto antes de que sea demasiado tarde! Hay algo de legítimo en las aspiraciones de las clases laboriosas; quieren tener su parte en los bienes que se les dice son un instrumento de desarrollo intelectual y moral: ¿no tienen ellos, tanto como las clases ricas, el derecho y el deber de trabajar en su perfeccionamiento? Si la propiedad es la expresión y la garantía de la individualidad humana, es preciso que todo hombre pueda tener los medios para llegar á propietario. Ahora bien, ¿cuál es la condición de los obreros? Llámaseles proletarios, para marcar que su papel en la sociedad consiste en procrear hijos: por lo demás, ningún desarrollo intelectual y moral, una degradación que confina con el embrutecimiento. ¡Sería este, exclaman los socialistas, el destino que Dios ha señalado á la inmensa mayoría de sus criaturas!

99. Dudamos que la instrucción y la educación, por más que se difundan con profusión, impongan silencio á esos



gritos de odio y de guerra. Se necesita que el estado material de las clases obreras se mejore; esta es la condición de un desarrollo intelectual y moral, y es la única vía de salvación para la sociedad y para la civilización. Precisa que todo obrero pueda volverse propietario. ¿Es posible esta revolución económica? Nosotros sí lo creemos. Nuestra esperanza no es una ilusión de utopista, se funda en hechos que pasan á nuestra vista. Si los obreros han seguido siendo proletarios, no es porque les haya faltado todo medio para mejorar su posición. Sin cultura alguna, sin conocer más que los placeres brutales de la materia, se han entregado á ellos por completo: el dinero que emplean en insensatos y funestos gastos sería suficiente para la holgura á que aspiran. ¿Qué es, pues, lo que se necesita para levantarlos, para permitirles que adquieran la propiedad de la casa que habitan, y para crear con esto la familia, que todavía no existe en estas clases desventuradas? Hay que inculcarles desde temprana edad el espíritu de orden, de economía y de previsión. Esto es lo que en Gante se ha intentado, introduciendo el ahorro en la escuela, y el ejemplo lo han seguido la mayor parte de las grandes ciudades y está penetrando hasta en las comunas rurales. Si continúa este movimiento, ya no hay razón para que se detenga, la condición de las clases trabajadoras se mejoraría.

Las clases superiores tienen su parte en esta gran revolución. Aquí vuelve á presentarse la idea de los Padres de la Iglesia: los ricos son los ecónomos de Dios; es preciso que tiendan la mano á sus hermanos desheredados para elevarlos hasta ellos, ayudándolos en el rudo trabajo del perfeccionamiento. Sólo bajo tal condición se operará la reconciliación de las clases sociales. Los pobres no odian á los ricos cuando éstos los tratan como hermanos. Esta obra se hace entre nosotros, por lo menos se intenta,

y mucho es ya intentarla. Se ha formado una sociedad con el fin de trabajar en la moralización de las clases trabajadoras: ella favorece el movimiento del ahorro, distribuyendo recompensas á los niños y á los obreros que se distinguen por su espíritu de orden y de economía (1). Bajo su inspiración y con su apoyo, se han organizado sociedades de obreras; el ahorro es su ley, la instrucción y la educación su objeto. Gracias á sus esfuerzos, se operará una revolución en los sentimientos y en las ideas de las clases trabajadoras, revolución pacífica, pero la más benéfica de todas; complétese la emancipación de las clases inferiores y se preparará el reinado de las naciones soberanas.

Agréguese á esto las sociedades cooperativas, que ponen á disposición de los obreros el poderoso instrumento de la asociación, que utilizan y hacen fructificar sus ahorros, y que son un aprendizaje de la vida pública. Todas estas obras tienen un solo y mismo objeto: el mejoramiento de la condición natural, intelectual y moral de las clases obreras. Esta es la misión de la democracia moderna, que no dejará de tener éxito. ¡Ya no más utopías! ¡ya no más delirios socialistas y comunistas! Estos vanos sueños tienen, no obstante, una significación seria: manifiestan una necesidad á la cual debe darse satisfacción. Subsistirá la desigualdad: ella es de Dios, y su primera causa se nos escapa como toda causa primera. De todos modos, es la verdad que nuestro nacimiento en el seno de tal familia, de tal época, en tal país, es un hecho providencial que debemos aceptar, á menos que nos rebelemos contra el Creador. ¿Quiere decir esto que la fatalidad del nacimiento debe pesar sobre la existencia del hombre? Esto equivaldría á volver á las castas y á la esclavitud.

1 Véase el pequeño folleto, "Sociedad Callier, para la moralización de las clases obreras" (Gante, 1868).